

Quando los delfines mueven las piedras: “¿Cómo piensan las piedras?” de Brenda Lozano

José Delgado Costa
Universidad de Ohio
Estados Unidos

Ponencia presentada en la 18va Annual Ohio Latin Americanist Conference, 25-26 de septiembre de 2022, Universidad de Ohio, Departamento de Lenguas Modernas.

Introducción

A lo largo de la historia millones de niños han sido víctimas de las enfermedades de adicción de sus padres. La tiranía del consumo de drogas en las últimas décadas no ha sido excepción. Basta mencionar el daño generado por la epidemia de opioides en los Estados Unidos. En el 2017 al menos 2,2 millones de jóvenes fueron perjudicados por esa crisis.¹ Eso solo en un país. En el 2018—época alrededor de la cual se escribe y se publica el cuento que nos atañe— *Our World in Data* reportó que alrededor del 1% de la población mundial sufría de trastornos por el consumo de drogas². Hablamos de 79 millones de personas, sin contar a los impactados al margen del problema.

El relato “¿Cómo piensan las piedras?”³ de la autora mexicana Brenda Lozano evoca las desdichas de esa situación. Interpreto las consecuencias de su trama centrándome en los siguientes dos elementos narrativos: 1. el espacio escénico y 2. el discurso de la protagonista. Antes, sin embargo, ofrezco una sinopsis del relato para quienes no lo conozcan.

Sinopsis

Una declaración enrevesada narrada en el pretérito comienza la anécdota *in media res*: “Muchas palabras riman distinto y esas son las Otras rimas, eso fue lo que le expliqué al

¹<https://www.usnews.com/news/healthiest-communities/articles/2019-11-13/the-opioid-crisis-has-affected-more-than-2-million-children>. Accesado enero 31, 2022.

² <https://ourworldindata.org/illicit-drug-use>. Accesado enero 31, 2022.

³ Lozano, Brenda. “Cómo piensan las piedras”. *Bogotá 39: nuevas voces de ficción latinoamericanas*. Ed. Hay Festival. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2018. 127-131.

Señor Policía” (127). Alguien, quien pronto comprendemos es la protagonista infantil, añade que en las rimas las letras terminan igual, “como dos cuentos que terminan felices” y que “las rimas son como los finales felices de las palabras porque las letras se abrazan” (127). Sin embargo, el personaje no cree en finales felices porque igual sabe que “no es verdad que todos los cuentos terminan felices para siempre porque además sé que nada es para siempre” (127).

El enmarañado verbal encuadra con la astucia de, y eventual chasco sufrido por, la niña protagonista. Una narración cuyo comienzo afirma que no todo cuento tiene un final feliz principia una retrospección que narra lo siguiente: dos policías hablan en la calle con una madre y su hija. Un vecino ha llamado con la querella de que una adulta y una menor viven en un auto. Mientras uno de los policías habla con la mujer, el otro distrae a la jovencita jugando rayuela. Ese el escenario, aprendemos que • La niña conoce a este Tatul. • A Tatul le gustan las *otras* rimas. • La chica le explica al policía que Dila es su madre y que fue Tatul quien le regaló la camiseta azul con la imagen de un delfín que lleva puesta. • La pequeña revela que [...] “Dila y yo antes vivíamos en casa de Tatul, pero Dila se puso *lenta* y se metió al cuarto con un Hombre de Bigote que no era Tatul” (128). • Días después madre e hija están en la calle. • Añade la niña que mientras Dila trabaja en un restaurante, ella lee su Libro Aburrido en un parque. • Si los policías desean cuestionar a Dila a raíz de la llamada de “El hombre Periódico”, la chiquita manipula al oficial con un alud de preguntas: ¿Cómo piensan las piedras? O, ¿Qué significa hábiles? — por ejemplo. • En ese momento el policía se franquea con la moza: No pueden vivir en el coche. Ella debe ir a la escuela; serán llevadas a un refugio. Aquí, el cuento llega a su clímax. • La cría relata lo sucedido la noche anterior lo cual no le había revelado al agente. Con Dila lenta, madre e hija se acuestan en el asiento trasero del auto. En su enajenación narcótica, Dila comparte con su hija fotos de la galaxia que tiene en su teléfono porque desde que viven en el coche es un tema que la obsesiona. Dila se queda dormida apresada por el estupefaciente. En ese momento la niña le expresa a su madre que la ama. • Entonces justifica haber salido del vehículo para mejor ver las estrellas. Sin embargo, “se prendieron las luces del auto y eso prendió las luces de la casa enfrente como si les hubiera roto la ventana con una piedra” (131). • La gestión despierta al Hombre Periódico, quien a su vez alerta a las autoridades. • La niña le deja saber al policía que ella sabe que él ha tratado de distraerla para que su compañero hable con Dila. El agente responde: “Tú eres más inteligente que el delfín más inteligente” (131). • Entonces madre e hija cruzan miradas. La niña

puntea su camiseta como señal para que Dila llame a Tatul porque—antes de quedarse dormida— ésta le ha asegurado que algún día viajarán a la galaxia lo cual, entiende la niña mediante un guiño de Dila, es código para asegurarle que, “Tatul ya viene” (131).

En esencia, el argumento viene a ser el de una niña narradora sin nombre entre, asumo, unos ocho a diez años, quien delata a su madre adicta para salvar a ambas. Pero, solo porque un par de policías intervienen en la situación, todo lo cual supone un final potencialmente feliz, ¿lo es?

El espacio escénico

El espacio en “¿Cómo piensan las piedras?” es revelador. Un compendio avista el desequilibrio de seis localidades concretas dónde ya han sucedido eventos que se nos narran, contra solo un lugar en dónde —en potencia— irá a parar el conflicto frente a nosotros. Los seis espacios determinados son los siguientes: 1. la casa de Tatul, 2. el parque donde la niña espera a su madre mientras aquella trabaja, 3. el auto donde viven, 4. la casa que queda iluminada, 5. el pedazo de acera donde la narradora le refiere al policía los sucesos cíclicos de la anécdota y 6. la academia policial. Al contrario, respecto al refugio estatal donde, según el policía, madre e hija serán ingresadas, el relato no registra ninguna situación dramática. Nada sucede dentro de sus paredes. Mas adelante argüiré por un segundo espacio, no indicado, en donde ocurre el drama que leemos.

Asimismo, las descripciones de lugar no existen porque no hay necesidad. Los nexos entre localidad y personajes armonizan a través de la metáfora. Por ejemplo, Dila le es infiel a Tatul en la casa de éste. Obligadas a vivir en el coche, la máxima motivación de la niña es regresar a esa casa. Dice: “Por eso un día voy a investigar dónde vive Tatul para seguir encontrando las *Otras* rimas con él. Eso sí que es divertido, nos salían muchos ja ja” (128). Meollo de la historia subterránea del relato, Tatul ofrece estabilidad física (un techo) y estimulación intelectual (otras rimas).

Extensión metafórica de ese asunto, vivir en un coche desde donde en su desvarío Dila contempla las estrellas, nos remite al estancamiento. Por eso, quizás, la niña dice que “el pasto es siempre vasto, menos afuera de las casas que tienen cuadros chicos de pasto para que hagan caca los perros” (127). Es decir, (lo vasto) la inmensidad espacial asociada con el

éxtasis drogadicto de Dila, se contrapone, aunque rime, al cuadro chico de pasto, que sirve de retrete para los perros. En efecto, vivir con Dila es, perdón, una mierda. Por eso la protagonista cree que su crisis familiar necesita hacerse pública. La acera donde el policía dibuja una rayuela con una tiza simboliza la precariedad que viven madre e hija. Razón por la cual el espacio narrativo es mínimo y público. Al mismo tiempo, el azar y el acto de brincar revelan, como en el “juego”, que ambas viven al garete. Como la tiza, su horizonte—marcado por la droga—es blando, frágil, efímero.

Por su parte, el vínculo metafórico de la escuela de policías es antitético al aislamiento e incertidumbre en que viven Dila y su hija. En su escuela, los agentes juegan para ser hábiles. Los juegos crean solidaridad, cohesión, asociaciones. Testimonio de ello es armar una pirámide humana. Para que eso se logre la conexión entre todos los cuerpos es lo que sostiene a la estructura. La referencia al inherente apoyo mutuo enfoca la comunidad que la narradora no tiene.

A la mima vez y, clave para su verosimilitud espacial, si el relato sucede durante el día, su clímax ocurre la noche anterior. Haber alumbrado adrede la ventana de alguien ilumina la situación en que viven madre e hija la cual comienza a arreglarse, en parte, la próxima mañana, en la calle. En ese sentido —la acera—une a las protagonistas con la policía, a la vez que las separa. La narradora ha roto la privacidad del coche para publicar su indigencia. La enfermedad de adicción de Dila impulsa la inestabilidad que les causa ir de techo en techo, sin rumbo.

Todo lo cual nos lleva al refugio donde, según el policía, serán ingresadas. Si en efecto la hija ha divulgado la enfermedad y negligencia de la madre, el resultado será la institucionalización. Es aquí donde quizás mejor vemos la inocencia de la narradora. Aunque es en extremo astuta, no ha medido las consecuencias de su acción. Con ese *tiro salido por la culata*, el relato pone en claro la lamentable ironía que proyecta. El empeño redentor de la niña traiciona toda posibilidad de agenciar la estabilidad física y emocional que Tatul supone. El techo de éste termina siendo canjeado—sin querer—por el de algún organismo estatal. La hábil, pero desmedida acción de la niña inicia el albor de otro futuro no del todo halagador empujado por la posibilidad de pasar a la custodia burocrática.

El discurso de la protagonista

Los lectores de “¿Cómo piensan las piedras?” empatizamos con la narradora por el ingenio con que sopesa la difícil situación que sufre. Sin embargo, el cuento hace que me enfrente—como lo hace con sus protagonistas— con dos disyuntivas y su secuela de preguntas. • La primera: ¿Es real inocencia el discurso de la niña? ¿Una negación de sus intenciones? ¿El acto de una (*wink-wink*) heroína? ¿Un ruego enmascarado más que una manipulación sagaz? • La segunda: ¿Cuál es el presente de la trama? ¿En cuál localidad estamos? ¿Por qué un cuento que con maestría dibuja la importancia de su espacio, ni sugiere el lugar donde acontece en realidad, ni nombra con quién, en verdad, habla la relatora? Para mejor atender ambas disyuntivas ‘rompo’ la anécdota en partes, aunque siempre centrado en la motivación de la protagonista.

¿Es real inocencia el discurso de la niña o una negación de sus intenciones?

Si en el microcuento “Padre nuestro que estás en los cielos” del autor chileno José Leandro Urbina⁴ el niño personaje revela, por inocente, el escondite de su padre perseguido; en “¿Cómo piensan las piedras?” la drogadicción—no la persecución militar—es la antagonista quien, la niña entiende, necesita ser develada.

Valga la repetición. No es coincidencia que cuando Dila—drogada— se queda dormida mirando las estrellas, la niña le dice que la ama, sale del auto y, *oops*, sus luces se encienden, despiertan al vecino y éste llama a la policía que una mujer y su niña viven en el carro. La “iluminación” de la ventana del “Hombre Periódico” alumbra para otros lo que la narradora escuda detrás de una acción “vendida”, en primera instancia, como “torpeza” para ejecutar un acto sea de heroísmo, de *tough love* o de desesperación. Por ello estoy convencido de que el discurso de esta niña no es el reflejo inocente de alguien falto de vocabulario; sino el de quien, para dejar atrás la incertidumbre, busca *otras* rimas. Por tal razón, piedras y delfines riman distinto.

⁴<https://datosatutiplen.wordpress.com/2018/02/17/jose-leandro-urbina-padre-nuestro-que-estas-en-el-cielo/> Accedido enero 31, 2022.

Piedras y delfines

Aunque algunas piedras contienen propiedades enérgicas, éstas son inmóviles. Solo fuerzas bajo presión motorizan cualquier carga que posean. Los delfines, por su parte, viven en familias por lo que a través de su tejido social y la comunicación idean y cooperan.

Al comienzo del cuento la narradora concibe su situación como una piedra con atributos enérgicos que hay que mover *a presión*. Asevera que “Tatul dice que piedra es la *Otra* rima de callado” (127). Es decir, cuando Dila se droga, no se mueve. Dila es la piedra de la niña. Sin embargo, cuando más tarde ésta le asegura al policía: “Porque creo que las piedras son más inteligentes que los delfines porque no se mueven, ni hacen ruidos” (129), es obvio que aplica la lección de Tatul. Siendo *ruido* antítesis de *piedra*, dice lo contrario a lo que ella (el delfín) ha hecho: mover la piedra (el coche se ilumina) y hacer ruido (el hombre llama, los policías vienen). Hábil delfín, la niña ha producido *el ruido* o—si se quiere—*la ecolocalización* que asegura la intervención de las autoridades. Que el llavero del agente haga ruido cuando lo tira en la banqueta es acústica metafórica de su inicial victoria.

Pero quizás ha sido demasiado ruido. Tal vez hubiese sido mejor quedarse inmóvil y en silencio como una piedra. Haber iluminado su situación ahora significa vivir en un refugio, lo cual ni previó, ni *pensó*. Por eso se ve obligada a mover *otras* piedras —en este caso gubernamentales—. Allí reside la segunda disyuntiva. La complejidad estética del cuento me obliga a regresar al espacio escénico.

¿Cuál es el presente de la trama? ¿En dónde estamos?

Desde su primera oración “eso fue lo que le expliqué al Señor Policía” (127), el relato no esconde que la anécdota que leemos es el recuento de la conversación que la niña sostuvo con el policía en la calle. ¿A quién, entonces, le habla la narradora en su presente? ¿Para quién rememora? Si ya no está en la acera, ¿dónde se encuentra? Para contestar esas preguntas es necesario insistir en el problema del refugio. Es ahí donde el cuento agranda la astucia de la niña narradora. Ya lo sabemos, turba al policía con su discurso. Pero ¿para qué desea

enredarlo con preguntas y frases enrevesadas si—como queda claro— su primer deseo ha sido echar luz sobre la situación de la madre? No pega, ¿verdad? Dos hipótesis concurrentes se presentan.

En mi lectura, la niña se encuentra en una audiencia testimoniando ante un tribunal, un panel o una trabajadora social. Que las ingresen en un refugio significaría alejarse más y más de la estrella que es Tatul. No fue esa su intención. Que la realidad sea mucho más complicada a la que concibió, significa que la protagonista debe repetir el tejer su telaraña fingiendo *otro* tipo de inocencia para manejar a quien sea esté tomando su testimonio. Ello explica la razón por la cual la narradora necesite aparentar ingenuidad dos veces. La primera vez (con el policía) es para no develar quién originó la pesquisa porque teme las consecuencias adscritas a que Dila se entere que fue ella quien—movió las piedras—delatoras. Por eso, a nadie sorprende que la chiquita alegue que el Hombre Periódico “inventa cuentos” (129). Mi interpretación de que la niña no quiere que se sepa que fue ella quien sonó la alarma le asegura una verosimilitud inquebrantable a la trama. Esa primera suposición resume la anécdota que leemos como una negación que dice: *la delato a ella, pero no a mí. No fui yo quien rompió los platos*. Tal premisa enlaza y extiende el fondo del primer conflicto a este *otro* futuro incierto: ¿cuál será el fallo de las autoridades? ¿Un futuro de incertidumbres enraizado en un presente similar? Aunque triste, tal desdicha trabaja como desenlace plausible. Que el título le haga eco a una de las muchas preguntas que hace la niña, me indica su esperanza de alguna manera remendar la caja de Pandora que ha abierto.

Por eso, para todos late la incógnita sobre lo que el futuro devengará. Y es aquí donde el cuento me parece aún más devastador. La niña se siente culpable porque quizás hasta las separen. En efecto, *han salido de Guatemala para caer en guatepeor*. “¿Cómo piensan las piedras?” no es el cuento de una inocente que no sabe lo que dice, o que engatusa para lavarse las manos, sino el cuento de una niña desengañada. El final es brutal en su franqueza: “Entonces miré a Dila para que me volteara a ver y cuando volteó señalé mi camiseta que fue como le dije llámale a Tatul, le señalé hacia arriba que fue como me dijo anoche que un día íbamos a viajar a la galaxia y ella me cerró un ojo que fue como me dijo Tatul ya viene” (131).

Si alguien tiene los pies bien plantados en la tierra es esta niña. Igual que el químérico por inalcanzable viaje a las galaxias es antítesis de la luz del carro delator, el guiño de la madre es el guiño de *otra* promesa vacía. Tatul no vendrá y la niña lo sabe desde el principio. ¿Se acuerdan? “Las rimas son como los finales felices de las palabras porque las letras se abrazan,

pero también sé que un cuento es un invento porque no es verdad que todos los cuentos terminan felices para siempre porque además sé que nada es para siempre” (127).

Los lugares en los que el cuento sucede destapan solo la primera parte del conflicto; pero para el beneficio de la imaginación del lector, veda el más importante. Como meollo subterráneo del asunto; emitir el deseo de regresar a un espacio perdido (expresado dentro de un espacio sin nombre por ser adverso) subraya el factor concéntrico del cuento. Si la madre miente que Tatul viene, la doble mentira de la hija se funda en dos objetivos distintos.

Mas aun sabiendo que los finales felices son una imposibilidad, esta niña niega la parálisis de las piedras. No responde a los eventos, sino que los crea. Dila es la lenta. Ella, no. Esa es mi segunda suposición: que la niña intenta mover esta *otra* piedra llamada burocracia. Frente a alguna magistratura reemplaza con astucia el discurso de la inocencia para ganarse la piedad de su interlocutor, el silencio de las piedras, con el propósito de que Dila reciba *otra* oportunidad porque, de la misma manera que “las palabras se abrazan” Tatul, a fin de cuentas, es la *Otra* rima, “como dos cuentos que terminan felices”.

Yo, lector, como tercer eslabón en la relación que conforma el aspecto fenomenológico de las obras literarias, anhele un final feliz. En lugar de una interpretación crítica lo primero que deseo a extramuros es que las autoridades hagan comparecer a Tatul y que él acepte hacerse cargo de la niña. Pero pronto despierto y recuerdo uno de los títulos de Paco Ignacio Taibo II, compatriota de Brenda Lozano: *No habrá final feliz*⁵, realidad cíclica forjada desde el principio del relato.

Coda

Concluyo con tres nombres que me parecen son letreros metafóricos de la trama. Como ejemplo de la ausencia de una figura paternal positiva, Tatul es la *otra* rima de Tato por su aliteración con <tat>; pero más importante, Tatul rima con azul —el color de la camiseta de la protagonista— lo que fragua la amistad y el cariño que notamos existe entre ellos. Por su parte, el nombre Dila revela el meollo demarcador del cuento ejecutado por la

⁵ Taibo II, Paco Ignacio. *No habrá final feliz*. México, DF: Joaquín Mortiz, 2013.

niña narradora/ delatora/ encubridora. Dila. Di la, ¿qué? *Di la verdad o, di la mentira*. No importa que a veces—cuando los delfines mueven las piedras—enturbian las aguas, aunque lo más probable es que dejen la estela (no estrellas, aunque rime) de algún irresuelto dilema concéntrico.

© José Delgado Costa

Bibliografía

Lozano, Brenda. “Cómo piensan las piedras”. *Bogotá 39: nuevas voces de ficción latinoamericanas*.
Ed. Hay Festival. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2018. 127-131.